

Diáspora de los Intelectuales

POR ABELARDO VILLEGAS

CARACAS. En esta ciudad, quizá más que en otras partes de América Latina, se hace patente la diáspora de los intelectuales del cono sur. Llegan a ella profesores, escritores, técnicos, de Uruguay, de Argentina, de Paraguay, de Chile, desplazados por la inmensa represión anti-intelectualista de los gobiernos de fuerza de esos países. Cada uno de ellos trae su historia de persecución, de cárcel a veces, de tortura en ocasiones. En sus testimonios casi todos coinciden en afirmar que el sector predilecto de la persecución es el intelectual; se le separa del resto de la población y se le elimina físicamente, las más de las veces por la vía del destierro, aunque no falten los encarcelamientos y a veces los asesinatos.

Así, la porción de América víctima de los procedimientos tortuosos de la persecución anticomunista instrumentada desde los Estados Unidos, con la eficaz colaboración de la CIA y de los gobiernos domésticos paradójicamente, nos devuelven la fe en los procedimientos de la inteligencia. Baste con que se persiga al intelectual, que se le tenga miedo y desconfianza, para averiguar hasta qué punto los enemigos de la inteligencia temen su proyección en la sociedad. Porque no se trata sólo de los comunistas, cualquiera que posea un disco, un libro, es sospechoso a los ojos de la policía política.

La mayor parte de los profesionales o intelectuales que se han desplazado a Caracas, a Bogotá, a Lima, a México, no eran activistas políticos; se hicieron sospechosos por actuar libremente y fueron detectados por los policías que vigilan las entradas en las aulas en las Universidades, que asisten a los cursos y exigen tarjetas de identidad a los estudiantes. Y no hay exageración en el punto: en Caracas se manejan cifras relativamente astronómicas, se dice que de cinco años a la fecha han ingresado a Venezuela alrededor de 150 mil inmigrantes calificados, es decir, con título profesional, provenientes de los países que hemos mencionado. Si a ellos se agregan los que han sido recibidos en otras partes de Latinoamérica, en México y en Europa, se advertirá con toda claridad la magnitud del fenómeno.

TAL emigración resalta el altísimo costo de las dictaduras. En la educación de cada uno de esos profesionales obligados a exiliarse, su respectivo país ha invertido fuertes cantidades, pues también muchos de ellos se han preparado en el extranjero disfrutando de becas nacionales. Y, naturalmente, cada uno genera un trabajo cuyo valor puede ser muy elevado. Al privarse de sus servicios sus países de origen echan por la ventana sus inversiones educativas y se privan de un trabajo de alto nivel.

Ello redundará también en la baja del nivel intelectual y técnico, lo cual acentúa

la dependencia cultural y técnica que de por sí nos aflige. Por lo tanto, también en este renglón específico de la cultura se hace patente que las dictaduras estimulan la dependencia y el subdesarrollo, naturalmente con beneplácito de la metrópoli. La cacería supuestamente anticomunista es en realidad una política de colonialismo cultural.

Por otra parte, hay que hacer notar que la situación del emigrado en Caracas, en Lima o en México no es nada cómoda. A lo doloroso que resulta desarraigarse de su propio país tiene que agregarse lo incierto de su destino económico e incluso los recelos de los nacionales que sienten el peligro de ser desplazados. Muchas veces el emigrado es de un nivel técnico mucho más alto que varios nacionales. Y además, su propia inseguridad determina que trabaje con un esmero poco común, todo lo cual despierta recelos nacionalistas y una hostilidad que puede traducirse en franca agresión.

★

EN México se conoce bastante bien el fenómeno. La presencia de los emigrados españoles de alto nivel intelectual y de grandes capacidades para el trabajo y el enriquecimiento despertaron una ola de recelos y protestas. Pero a lo largo de los años se puso de manifiesto lo acertado de la política cardenista. La inmigración española fue, en términos generales, muy benéfica para nuestro país, nos beneficiamos con esa suma de esfuerzos españoles que derrochó la miopía fascista. Ahora puede ocurrir otro tanto con nuestros amigos latinoamericanos, al tenderles una mano aprovechamos un caudal que otros derrochan, y esta verdad no debe ser enturbiada por un nacionalismo estrecho que puede resultar reaccionario y colaboracionista.

En Venezuela, la invocación a Bolívar es omnipresente, su efigie se encuentra por todas partes, su nombre lo llevan avenidas, plazas, montañas, su sarcófago es velado permanentemente por una guardia del colegio militar venezolano en el Panteón Nacional. Pero más allá de los homenajes públicos, de los granitos y los mármoles, no debe perderse de vista que bolivarianismo es sinónimo de solidaridad latinoamericana y que la solidaridad no es sólo una palabra sino una significación que tiene que realizarse en actos menudos. Por eso la solidaridad con los intelectuales desterrados es una forma de bolivarianismo que, como tal, trasciende los marcos nacionales. Bolivarianismo también es sinónimo de antimperialismo, es, en realidad, una solidaridad antimperialista. Detener la desintegración de la cultura latinoamericana es una acción antimperialista. Al ejercerla, Venezuela, México y otros países, asumen la herencia bolivariana, la actualizan y la reviven.